

## La inmunidad de María del pecado original y su santidad

1. Dios escogió a María para una función decisiva en la historia de la salvación. En la realización de su eterno plan salvífico le confirió una misión oficial, que importaba a toda la generación del mundo y de la historia. María, por la elección divina y por la función que se le encomendó, fué segregada de todos los demás hombres, pues nadie poseía misión similar. Si bien la Iglesia es Iglesia de los Profetas y de los Apóstoles, sin embargo, la función de María supera la de todos ellos, ya que preparó al Mesías—de quien Profetas y Apóstoles dieron testimonio—el acceso a la historia humana. Del aspecto anecdótico, que determina nuestra primera visión de María, resulta el formal. Su misión de santidad condiciona la santidad de su persona. La segunda es por la primera.

2. Por la misión que se le encomendó, María quedaba absolutamente reclamada para Dios. En general, podemos decir que la maternidad afecta a la interioridad más profunda del hombre. Caracte-

riza a la mujer que la participa en su ser más hondo. Esto es válido, en un sentido primordial, para la maternidad de María, puesto que es tanto más exigida en su ser por su Hijo cuanto que Este es el mismo Hijo de Dios. Dios, hasta cierto punto, cargó tanto su mano sobre Ella, que ya no tiene libertad para otras tareas desde el momento en que se pone a disposición de la única función que Dios la impuso.

La exigencia por parte de Dios que sustrae a María de toda tarea mundana, significa una consagración para el cielo. Se trata de una consagración ontológica. De hecho también en la Sagrada Escritura María es conocida como la bendita de Dios (*Lc.* 1, 28, 45).

La consagración celestial recibe su nota peculiar de la plenitud del Espíritu Santo. El es quien por una acción creadora forma en María la naturaleza humana de Cristo. Si bien la creación en María de la naturaleza humana pertenece al Dios Trino, con todo se atribuye de un modo especial al Espíritu Santo, pues en El, como en forma personal, se representa el amor de las tres divinas Personas. Bajo este punto de vista María dice una relación especial al Espíritu Santo; relación que se expresa en la fórmula "Esposa del Espíritu Santo". Esta expresión no tiene ningún resabio mítico y está libre de toda significación sexual. La Escritura es, precisamente, la superación del mito. En ella la relación del hombre a Dios queda desmitologizada, pues el sentido de la fórmula se ordena al afirmar que el Espíritu Santo, por un acto creador libre, formó en María, partiendo de una libre decisión de Esta, sin ninguna relación sexual, la naturaleza humana del Hijo de Dios. El carácter creatural de María incluye la posibilidad de tal actividad del Espíritu Santo en Ella. Efectivamente, ser creatura supone que su ser y su sentido están plenamente abiertos a Dios, de tal modo que Dios pueda actuar libremente en ella. La criatura frente a Dios se encuentra en *potentia oboedientialis*, en una esencial potencia receptiva.

María, aún en la selección y consagración de que Dios la hizo objeto en su elección para Madre de Dios, permaneció creatura, pues los límites metafísicos entre Dios y el hombre son insuprimibles. Esto se expresa ineludiblemente en aquellos acontecimientos en que Dios desborda los límites de eternidad y tiempo. Con ello no suprime el límite sino que lo acentúa. No se transformó en un hombre, sino que asumió la naturaleza humana en su existencia divina, sin por otra parte transformar la naturaleza humana en el ser divino. En la misteriosa unión íntima de lo divino y lo humano en

Jesucristo se hace evidente que el hombre no puede ser Dios ni Dios hombre en un sentido metafísico, esto es, en el sentido de una transformación ontológica. Cuando decimos que Dios se hizo hombre queremos significar la asunción por parte de Dios de una naturaleza humana, no una transformación sustancial. De entenderlo así, sucumbiríamos al mito. Pero, en realidad, entre la revelación cristiana y el mito hay una diferencia profunda, tan profunda, como la que existe entre la realidad y el deseo. La revelación cristiana es la desmitologización de la esperanza y de la fe humanas, porque en lugar de las formas elaboradas por los anhelos humanos, pone la realidad histórica. Muy lejos de necesitar ser desmitologizada aporta a la Humanidad el servicio de la desmitologización a favor de la realidad y de la realización.

En cuanto criatura, María pertenece a nuestra vertiente. En cuanto determinada criatura, nos supera inconmensurablemente a todos, de tal modo que San Ambrosio puede afirmar sin rodeos que Dios escogió no de la tierra sino del cielo a Aquella por cuyo medio Cristo descendió del cielo<sup>1</sup>.

La vinculación de María a la creación significa vinculación a la creación caída y necesitada de redención. María es un individuo de la estirpe de Adán. Por consiguiente, se encuentra dentro del único orden salvador establecido por Dios en sus eternos decretos. La revelación no da ninguna indicación de que existan otros planes salvíficos. Más bien sólo conoce uno, en el que, por lo demás, se dan varios caminos y direcciones. Bajo este punto de vista, San Atanasio llama a María hermana nuestra<sup>2</sup>.

En el único plan salvífico establecido por Dios Cristo es el Salvador y el Redentor. El es, según el testimonio de San Pablo, el único mediador entre Dios y los hombres (*I Tim. 2, 5*). Por tanto, es también mediador respecto a María. También Ella fué redimida por El. Aquí se da una extraña paradoja. María abre al Hijo de Dios el camino a la historia humana. En el curso integral de la historia, Ella representa el momento en que el Logos pasa de la majestad divina a la "carne" humana, de tal modo, que El es su Hijo y Ella su madre. Sin embargo, también Ella fué redimida por El y sólo por El. Tampoco para Ella existe una autorredención. También Ella es de aquellos de los que se dice en el prólogo de San Juan que son iluminados por el Logos que viene al mundo (1, 9), por el Logos que dió el poder de llegar a ser hijos de Dios (1, 12 sig.) a todos los nacidos no de la sangre, ni de la voluntad humana, ni de la voluntad carnal, sino de Dios. Esto supone en Ma-

ría la predestinación a la configuración (*Rom.* 8, 29) con la imagen del Hijo de Dios, que es el primogénito entre muchos hermanos. Si bien el Hijo de Dios encarnado deba la forma corporal a su Madre, de tal modo, que se puede decir que se le parece; sin embargo, María se asemeja a su propio Hijo en cuanto que éste es el Hijo de Dios encarnado. Cristo es la medida de la Madre, no la Madre la medida del Hijo. Ser redimida significa para María que Ella, como insistentemente repite San Pablo, existe “en Cristo y Cristo en Ella”. También María es una “nueva criatura” por su participación en la vida de Cristo. También para Ella, existencia celestial, representa tanto como co-morir y co-resucitar con Cristo (*Rom.* 6, 2-11). Todo esto es válido para su unión con Cristo anterior al Gólgota y a la Pascua, porque el Hijo de Dios encarnado estaba ya desde el principio predestinado a la muerte y a la resurrección.

Sin embargo, en la medida en que se acentúa todo esto, irá viéndose con claridad la distancia que separa a María de todos los demás hombres, pues Aquel de cuya muerte y resurrección participó es su propio Hijo. Por El María fué una criatura nueva; renació por El. Aquí se ve el calado y el alcance que la Redención tiene para Ella. Si los designios divinos de que el Hijo de Dios asumiese la naturaleza humana incluyen a la Madre como el camino de Dios al mundo, la predestinación de María para la maternidad lleva consigo la predestinación a la configuración con su Hijo con el Salvador de los hombres. Así, su redención, como la de todos los hombres, ha sido realizada por Jesucristo. Pero la predestinación de María a la existencia y a la vida de redimida dice una relación distinta a la encarnación que en los demás hombres. Nadie queda redimido solamente porque Cristo se haya encarnado, haya sufrido, muerto y resucitado. María, sin embargo, es redimida precisamente por el hecho de la encarnación, de la muerte y de la resurrección del Hijo de Dios. De este modo su redención, si bien por su estructura es similar a la de los demás, con todo en su realización es distinta de la de los otros hombres. María es la primera redimida; la redimida perfecta. Desde el supuesto de su maternidad cabe decir que fué inmediatamente redimida.

La significación que en cuanto Redentor Cristo tiene para su Madre, trae como consecuencia que Ella pueda ser llamada—de hecho lo es—hermana suya, pues Cristo es el primogénito entre muchos hermanos (*Rom.* 8, 2; *Hebr.* 2, 11-17).

La relación de María al Padre celestial está determinada por la

relación a su Hijo. Tanto en cuanto madre como en cuanto hermana de éste es la hija del Padre celestial. Lo que tiene validez para cada cristiano, a saber, la filiación divina, la tiene también y de un modo único y singular para María.

También la relación al Espíritu Santo se transforma y profundiza por el hecho de la encarnación. El Espíritu Santo es el que formó en Ella la naturaleza humana de Cristo. Esta relación al Espíritu Santo se afirma por la presencia del Hijo de Dios encarnado. Según Isaías, el Mesías es el portador del Espíritu Santo. "Sobre el que reposará el espíritu de Yavé, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor de Yavé" (*Is.* 11, 2). María participa de la total plenitud del espíritu en Pentecostés, en la venida del Espíritu Santo. En esta hora María estaba reunida en una habitación con los Apóstoles y "sus hermanos" y, al igual que ellos, recibió el Espíritu Santo prometido (*Act.* 1, 13; 2, 1 sigs.). Si bien la Sagrada Escritura la nombra con todos los demás de la reunión, no obstante no cabe dudar que participó del espíritu en distinta y superior medida que los demás.

3. Lo que hasta ahora hemos descrito era, en cierto sentido, la santidad objetiva y sustancial de María, su agraciamiento y elección por Dios.

Por su respuesta al ángel, se ve que consintió en su vocación a la maternidad y que se entregó sin reservas a tal misión. No hay en Ella desdoblamiento ni contradicción alguna entre misión y vida, entre función y disposición. Más bien, como lo demuestra la expresión ya explicada de "sierva de Dios", se pone sin restricciones ni miramientos a disposición de Dios. Le entregó su ser y su vida de tal modo que quiso pertenecerle total y absolutamente. Se recogió plenamente en su misión, por lo cual estaba del todo presente a ella. Reclamada completamente por Dios, no impidió por su parte que Dios la reclamara en su totalidad. Estaba total y absolutamente en sí misma, pues estaba plenamente con y en la voluntad de Dios. Por nada del mundo abandonaría la dedicación a su misión. Esto es lo decisivo de su disposición. La entrega total a Dios está en la base de todas sus decisiones particulares referentes a El, pues todas ellas eran la expresión de su autodonación a Dios, a su eterno plan salvífico y a la verificación temporal de éste. Mientras nosotros nos disponemos a la entrega total a Dios por una serie de actos particulares, en Ella, por el contrario, todo lo

individual era un signo de su profunda y plena pertenencia a Dios.

Por lo demás, esta entrega de María a Dios era, a su vez, efecto de la gracia divina. Cuanto hizo procedía de su libre decisión, al mismo tiempo que estaba sustentado por la gracia divina.

4. La consagración por parte de Dios, que está en el fondo de su elección y su autoentrega a El, encuentran su forma más impresionante en la inmunidad de María del pecado original y de la concupiscencia desordenada, así como también en la exclusión de todo pecado personal.

Es un dogma que María, por una gracia del Dios omnipotente y en previsión de los méritos de Jesucristo, salvador del linaje humano, fué preservada de toda mancha de pecado original.

Este dogma fué propuesto por la Iglesia en la Bula *Inneffabilis Deus*, del 8 de diciembre de 1854. El texto decisivo del magisterio eclesiástico dice así: "Para honor de la santa e indivisa Trinidad, para gloria y ornamento de la Virgen Madre de Dios, para exaltación de la fe católica y acrecentamiento de la religión cristiana, con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados apóstoles Pedro y Pablo y con la nuestra, declaramos, proclamamos y definimos que la doctrina que sostiene que la Beatísima Virgen María fué preservada inmune de toda mancha de la culpa original en el primer instante de su concepción, por singular gracia y privilegio del Dios omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, salvador del género humano, está revelada por Dios y debe ser, por tanto, firme y constantemente creída por todos los fieles. Por lo cual, si alguno, lo que Dios no permita, pretendiera en su corazón sentir de modo distinto a como por Nos ha sido definido, sepa y tenga por cierto que está condenado por su propio juicio, que ha sufrido naufragio en la fe y se ha apartado de la unidad de la Iglesia, y, que además, por el mismo hecho, se somete a sí mismo a las penas establecidas en el Derecho, si, lo que en su corazón siente, se atreviera a manifestarlo de palabra o por escrito o de cualquiera otro modo externo"<sup>3</sup>.

El Papa Pío IX, en la bula dogmática y en otras, hace las siguientes aclaraciones: "Y, en realidad de verdad, ilustres monumentos de la venerada antigüedad de la Iglesia oriental y occidental vigorosísimamente testifican que esta doctrina de la concepción inmaculada de la Santísima Virgen tan espléndidamente explicada, declarada, confirmada cada vez más por el gravísimo sentir, magisterio, estudio, ciencia y sabiduría de la Iglesia, y tan maravillosa-

mente propagada entre todos los pueblos y naciones del orbe católico, existió siempre en la misma Iglesia como recibida de los antepasados y distinguida por el sello de la doctrina revelada.

Pues la Iglesia de Cristo, diligente custodia y defensora de los dogmas a ella confiados, jamás cambia en ellos nada, ni disminuye, ni añade, antes, tratando fiel y sabiamente con todos sus recursos las verdades que la antigüedad ha esbozado y la fe de los Padres ha sembrado, de tal manera trabaja por limarlas y pulirlas, que los antiguos dogmas de la celestial doctrina reciban claridad, luz, precisión, sin que pierdan, sin embargo, su plenitud, su integridad, su índole propia, y se desarrollen tan sólo según su naturaleza; es decir, en el mismo dogma, en el mismo sentido y parecer.

Y, por cierto, los Padres y escritores de la Iglesia, adoctrinados por las divinas enseñanzas, nada tuvieron más en el corazón que—en los libros compuestos para explicar las Escrituras, defender los dogmas y enseñar a los fieles—el predicar y ensalzar de muchas y maravillosas maneras, y a porfía, la altísima santidad de la Virgen, su dignidad y su inmunidad de toda mancha de pecado y su gloriosa victoria del terrible enemigo del humano linaje.

Por lo cual, al glosar las palabras con que Dios, vaticinando en los principios del mundo los remedios de su piedad dispuestos para la reparación de los mortales, aplastó la osadía de la engañosa serpiente y levantó maravillosamente la esperanza de nuestro linaje, diciendo: “Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya”, enseñaron que, con este divino oráculo, fué de antemano designado clara y patentemente el misericordioso Redentor del humano linaje, es decir, el Unigénito Hijo de Dios Cristo Jesús, y designada su santísima Madre la Virgen María y, al mismo tiempo, puestas de relieve las mismísimas enemistades de entrambos contra el diablo. Por lo cual, así como Cristo, mediador de Dios y de los hombres, asumida la naturaleza humana, borrando la escritura del decreto que nos era contrario, lo clavó triunfante en la cruz, así la Santísima Virgen, unida a El con apretadísimo e indisoluble vínculo, hostigando por El y con El eternamente a la venenosa serpiente, y de la misma triunfando en toda la línea, trituró su cabeza con el pie immaculado...

Para describir este mismo como compendio de los divinos dones y la integridad original de la Virgen, de la que nació Jesús, los mismos Padres, sirviéndose de las palabras de los Profetas, no festejaron a la misma augusta Virgen de otra manera que como a paloma pura, y a Jerusalén santa, y a trono excelso de Dios, y a

arca de santificación, y a casa que se construyó la eterna Sabiduría, y a la reina aquella que, rebosando felicidad y apoyada en su amado, salió de la boca del Altísimo absolutamente perfecta, hermosa y queridísima de Dios y siempre libre de toda mancha.

Mas atentamente considerando los mismos Padres y escritores de la Iglesia que la Santísima Virgen había sido llamada llena de gracia, por mandato y en nombre del mismo Dios por el ángel Gabriel cuando éste le anunció la altísima dignidad de Madre de Dios, enseñaron que, con este singular y solemne saludo, jamás oído, se manifestaba que la Madre de Dios era sede de todas las gracias divinas y que estaba adornada de todos los carismas del divino espíritu. Más aún, que era como tesoro casi infinito de los mismos y abismo inagotable, de suerte que, jamás sujeta a la maldición y partícipe, juntamente con su Hijo, de la perpetua bendición, mereció oír de Isabel, inspirada por el Divino Espíritu: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre" <sup>4</sup>.

La decisión pontificia era el estadio final de varias declaraciones precedentes del magisterio eclesiástico. En 1661, el Papa Alejandro VII prohibió todos los libros que no admitiesen la doctrina de la inmaculada concepción. Alejandro VIII condenó, en el año 1690, la proposición sostenida por los jansenistas: "La oblación en el templo que hizo la bienaventurada Virgen María el día de su purificación por medio de los palominos, uno para el holocausto y otro por los pecados, suficientemente atestigua que Ella necesitaba purificación, y que el Hijo que se ofrecía estaba también manchado con la mancha de la madre, conforme a las palabras de la ley" <sup>5</sup>. Ya Pío V había reprobado la tesis de Miguel Bayo: "Nadie, fuera de Cristo, estaba sin pecado original; de ahí que la bienaventurada Virgen María murió a causa del pecado contraído de Adán, y todas sus aflicciones en esta vida, como las de los otros justos, fueron castigos del pecado actual u original" <sup>6</sup>.

Ya el Concilio de Basilea, en una sesión (cismática) decidió, en 1439, que la tesis debía tener el valor de creencia piadosa. En 1476 Sixto IV introdujo universalmente la misa y el oficio en honra de la Inmaculada Concepción y prohibió censurar de herejía o de pecado mortal a los que defendieran tal doctrina. En el Concilio de Trento, en la deliberación sobre la culpabilidad de todos los hombres, se originó la cuestión sobre si María estaba incluida en la ley general del pecado original, así como también la cuestión de la imposibilidad de evitar, sin un auxilio especial de Dios, los pecados veniales a lo largo de toda la vida. El Concilio no dió

ninguna decisión definitiva. No obstante, enseñó que ni la universalidad del pecado original ni la flaqueza humana son obstáculo para una excepción en María. En la sesión quinta (1546) se dice: “Declara, sin embargo, este mismo Santo Concilio que no es intención suya comprender en este decreto, en que se trata del pecado original, a la bienaventurada e inmaculada Virgen María, Madre de Dios”<sup>7</sup>. Y en la sexta (1547): “Si alguno dijere que el hombre, una vez justificado..., puede en su vida entera evitar todos los pecados, aun los veniales; si no es ello por privilegio especial de Dios, como de la bienaventurada Virgen lo enseña la Iglesia, sea anatema”<sup>8</sup>.

Ya en 1854, en la encíclica *Inneffabilis Deus*, había declarado Pío IX: “El Dios inefable, cuya conducta es misericordiosa y verdad, cuya voluntad es omnipotencia y cuya sabiduría alcanza de uno a otro extremo con fortaleza y que dispone con suavidad todas las cosas, habiendo previsto desde toda la eternidad la ruina lamentabilísima de todo el género humano, que había de provenir de la transgresión de Adán, y habiendo decretado misteriosamente desde la eternidad llevar a cabo la obra primera de misericordia, con plan todavía más secreto, por medio de la Encarnación del Verbo, para que no pereciese el hombre impulsado a la culpa por la astucia de la maldad del diablo, y para que lo que iba a caer en el primer Adán fuese restaurado más felizmente en el segundo, eligió y señaló desde el principio, antes de todos los tiempos, una Madre, para que su Unigénito, hecho carne de Ella, naciese en la dichosa plenitud de los tiempos; y en tanto grado la amó, por encima de todas las criaturas, que en sola Ella se complació con una complacencia singular. Por lo cual la colmó tan maravillosamente de todos los dones celestes, sacados del tesoro de la divinidad, muy por encima de todos los ángeles y santos, que Ella, libre absolutamente de toda mancha de pecado y toda hermosa y perfecta, manifestase tal plenitud de inocencia y santidad, que no se concibe en modo alguno mayor después de Dios y nadie puede imaginar fuera de El.

Y, por cierto, era convenientísimo que brillase siempre adornada de los resplandores de la perfectísima santidad y que reportase un total triunfo de la antigua serpiente, enteramente inmune aun de la misma mancha de la culpa original, tan venerable Madre a quien Dios Padre dispuso dar a su Unigénito Hijo, a quien ama como a sí mismo, engendrado como ha sido, igual a sí de su corazón; de tal manera que naturalmente fuese uno y el mismo Hijo

común de Dios Padre y de la Virgen; y a la que el mismo Hijo en persona determinó hacer sustancialmente su Madre; y de la que el Espíritu Santo quiso e hizo que fuese concebido y naciese Aquel de quien El mismo procede”<sup>9</sup>.

5. El sentido del dogma es éste: María, por su posición privilegiada de Madre de Dios, fué redimida de una manera singular. No fué concebida, separada de Dios como comienzan su existencia los demás hombres. En su existencia no hubo ningún momento privado de gracia. El estado de gracia no comenzó con el nacimiento, sino que coincidió con el despuntar de su vida. Para poder medir el alcance de lo que se dice de María sería necesario aclarar la esencia y las consecuencias del pecado de origen en el que todo hombre es concebido. Brevísimamente diremos lo que sigue. Según el primitivo plan salvífico de Dios, cada hombre habría de ser concebido en el amor de Dios. La donación de la vida terrena incluía al mismo tiempo la de la vida celestial. La deslealtad y desobediencia de los primeros padres desbarató este plan divino. El hombre ya no sería concebido en el amor de Dios, sino en el odio de Dios. En el momento de su concepción le falta al hombre aquella unión con Dios en la que, conforme a la voluntad salvadora divina, debería siempre existir. Esta oposición a la voluntad divina, esta ausencia de vida divina en el hijo concebido por los padres es lo que llamamos pecado original. Este estado es pecado porque contradice al plan salvador de Dios. Pero es pecado no por una prevaricación personal, sino por la vinculación solidaria al género humano cuyos padres prevaricaron. Todo hombre participa del pecado de los primeros padres. Por tanto, el pecado de que aquí se trata es herencia de Adán. Es un pecado heredado. Para medir la profundidad de este estado hay que considerar que el hombre fué creado para Dios, por lo cual está en contradicción con el más íntimo y profundo sentido de su ser y de su existir, pues está en contradicción con Dios. En virtud de este antagonismo, el hombre no es hijo del amor divino, que vive en la seguridad de la solicitud omnipotente de Dios, sino que, como dice la Sagrada Escritura, es hijo de la cólera divina. Por difícil que nos resulte asentir a estas ideas, con todo no podemos esquivarlas si no queremos oponernos a la Sagrada Escritura. A esto hay que añadir que Dios rodea de su amor salvador al hombre afectado por el pecado original en cuanto tiende a liberarlo de su estado de pecado de origen y a

constituirlo en el de filiación. Esto acontece por la fe y el bautismo.

La fatalidad del estado de pecado original se muestra en las consecuencias del mismo pecado, en las "heridas" que sufre el hombre. A ellas pertenece, en primer lugar, la concupiscencia desordenada, la inclinación del hombre a afirmar y mantener su auto-soberanía frente a Dios. Esta inclinación domina como un poder vivo en el hombre afectado por el pecado original; el hombre tiene que combatirla constantemente si no quiere sucumbir a su dominación. Este antagonismo entre Dios y hombre, propio del pecador por origen, actúa, además, antagónicamente en el mismo hombre. La destrucción del genuino orden en las relaciones de criatura a Creador se continúa en cierto grado en la destrucción del orden integral en la relación del hombre a sí mismo. En el hombre afectado por el pecado original existe contradicción entre cuerpo y espíritu, entre lo inferior y lo superior, entre sentidos y razón.

María siempre se vió libre de este lastre de la existencia. Sus padres la concibieron desde el principio en el amor protector de Dios. Por eso nunca se vió en ella esa contradicción que resulta en el ser de la oposición del hombre a Dios.

La inmunidad del pecado original se consumó en la inmunidad de los movimientos desordenados y de la concupiscencia pecaminosa. María permaneció inmune de las "heridas" del pecado original. De aquí que se mantuviera del todo ileso, sin ninguna herida<sup>10</sup>. Por eso jamás surgió de las profundidades de su yo la tentación de hacerse valer a sí misma frente a la voluntad de Dios. Le faltó el afán de afirmarse tanto ante Dios como ante los hombres. Así, pues, de hecho, a lo largo de toda su vida se vió libre de pecado. Se encontró en un estado semejante al de los primeros padres anterior a su caída. El Concilio Tridentino da detalles sobre este estado cuando la asigna aquel grado superior de gracia que necesita el hombre para poder evitar durante su vida todos los pecados<sup>11</sup>. Así, pues, el Espíritu Santo, en una hora de arrobamiento, en la que fué sublimada por encima de todas las hostilidades terrenas, la permitió contemplar su propia gracia y predestinación. María ve que su elección penetra en la intemporalidad de la alabanza y gloria perpetuas, en la presencia eterna del misterio divino de la salvación.

Por consiguiente, María nunca advirtió que desde las profundidades de su ser subiese el pecado o la tentación de él. No se vió en la precisión de tener que desentenderse de los lazos del pecado

para conseguir la libertad de los hijos de Dios. No tuvo proporción de combatir al mal en sí misma. Ya San Ambrosio advirtió que su vida da la impresión de ser sobrehumana, y que por esto se nos presentan dificultades para una unión verdadera entre nosotros y ella. "Alguno dirá: ¿Por qué trajiste el ejemplo de María, como si pudiera hallarse alguien que fuera capaz de imitar a la Madre de Dios?"<sup>12</sup> Sin embargo, también su vida estaba penetrada por la lucha y la victoria, las cuales no se dieron en el campo en que combaten el pecado y la virtud, la santidad y la impureza, sino dentro de los límites de la obediencia y del amor. Su vida era permanente disponibilidad y entrega a Dios. Pero en el destino de su hijo, que llegó a ser su propio destino, su amor sacrificial alcanzó un vigor y una hondura siempre crecientes. Su vida era perpetua ascensión. Dios la condujo por caminos cada vez más difíciles y abruptos, hasta que estuvo en condiciones de soportar con corazón dispuesto y pronto la prueba máxima: la cruz de su Hijo. Su vida, como la de cualquier otro hombre, fué una peregrinación hacia Dios; sólo que nadie la vivió con la intensidad y pureza de su amor. También su vida esperaba la consumación. También ella se dilataba esperando el futuro. También en su vida regía la ley del todavía no. A pesar de su íntima unión con Dios no estaba aún en el cielo, ni había sido sublimada de la caducidad y postración de la existencia humana.

Nos es difícil comprender el misterio del hombre no dañado por el pecado original, pues nos falta la experiencia. Pero es fácil sospechar que se trata aquí de una humanidad de la más alta calidad y perfección.

Nada tiene que ver el dogma con la cuestión de la situación ético-religiosa de los padres al tiempo de la concepción. No se trata del estado o conducta de los progenitores, sino de la hija engendrada. María no se vió en ningún momento sumida en la perversión que de los demás hombres afirma la revelación. La expresión "concebida inmaculada" o "inmaculada concepción" por lo visto da pie inexorablemente al malentendido de que en el caso el proceso generativo está al margen del de todos los demás, que a las restantes procreaciones hay que asignar una falta. El dogma no participa para nada de semejantes interpretaciones defectuosas. ¿Cómo podría Dios en su revelación llamar impuro a aquel proceso para el que El mismo creó al hombre, de modo que éste continuase permanentemente el torrente de la vida, y al que además introdujo en el recinto sagrado de los sacramentos? El dogma no habla en absoluto

de la conducta de Joaquín y Ana, los padres. Pero el fruto de su acción vivió desde el primer momento en aquella íntima unión con Dios que poseyeron originariamente los primeros padres y que después perdieron.

Si María se vió libre de pecado fué por una gracia de Dios. Tampoco ella podía librarse por sí misma de él. También ella de suyo estaba sometida al pecado, porque en resumidas cuentas era de la estirpe de Adán. Era un miembro de la humanidad necesitada de redención. Cuanto fué, no lo fué por franco desarrollo de su yo creador, sino por don de Dios. Jamás soñó con la autorredención. El dogma de la inmunidad de María del pecado original no suprime la necesidad de redención del hombre, sino que la destaca: hace ver en María el magnífico fruto de la salvación; nos muestra a María como a la primera redimida de su Hijo divino, como a la creación restaurada en medio de la creación corrompida, como al lirio entre las espinas, como a la zarza ardiente que entre las llamas permaneció intacta, como al espejo de la santidad y justicia de Dios <sup>13</sup>.

Dice el Papa Pío XII en su encíclica *Fulgens Corona*: “Y no se puede decir que por esto se aminore la religión de Cristo, como si ya no se entendiera a toda la descendencia de Adán, y que, por lo mismo, se quite algo al oficio y dignidad del Divino Redentor. Pues, si examinamos a fondo y con cuidado la cosa, es fácil ver cómo nuestro Señor Jesucristo ha redimido verdaderamente a su divina Madre de una manera más perfecta al preservarla Dios de toda mancha hereditaria de pecado en previsión de los méritos de El. Por esto, la dignidad infinita de Cristo y la universalidad de su Redención no se atenúan ni disminuyen con esta doctrina, sino que se acrecientan de una manera admirable. Es, por lo tanto, injusta la crítica y la reprensión que también por este motivo no pocos acatólicos y protestantes dirigen contra nuestra devoción a la Santísima Virgen, como si nosotros quitáramos algo al culto debido solo a Dios y a Jesucristo, cuando, por el contrario, el honor y la veneración que tributamos a nuestra Madre celestial redundan enteramente y sin duda alguna en honra de su divino Hijo, no sólo porque de El nacen como de su primera fuente, todas las gracias y dones, aun los más excelsos, sino también porque “los padres son la gloria de los hijos” (*Prov. 17, 6*)” <sup>14</sup>.

No se valoraría suficientemente el dogma de la inmunidad de María del pecado original si sólo se hiciera consistir la distinción entre Ella y los demás hombres en una diferencia temporal, por

tanto, en que María estuviera sin pecado en el primer momento mientras que los demás hombres se liberarían del pecado original en un momento posterior de su vida. Por su parte esta diferencia temporal tiene más bien su fundamento en una profunda diversidad entre la posición de María en la historia de la salvación y la posición de los demás hombres. Ella es la expresión de esta distinción profunda. A consecuencia de la función que se le ha encomendado en la historia de la salvación, María, en virtud de la eterna predestinación divina dice una relación singular a Cristo. El misterio de su predestinación es el misterio de aquella diferencia temporal. De este modo la Inmaculada Concepción se constituye en la forma más radical de redención, y no es ningún signo de autorredención. Karl Rahner se expresa así: "En resumidas cuentas, María es el caso perfecto, ejemplar, puro de redención. A estas alturas está ya bajo la asistencia del Espíritu Santo la creencia unánime de la Iglesia que desde mucho tiempo atrás viene tratando de conseguir la claridad refleja, a saber, que la Redención no supone necesariamente y en todo caso un antes temporal de un estado de irredención, de pecado y alejamiento de Dios. El preservado en gracia es tan radical, si no más, como el salvado y el redimido. Que nosotros nada seamos ni poseamos por nosotros mismos, que de nosotros nada procede sino la maldad del corazón, la cual, en definitiva, sólo Dios, no nosotros, puede ahogar desde el principio, todo esto puede y debe el preservado reconocer como mérito de la gracia, lo mismo que el liberado su liberación. Cuando en el Padrenuestro pedimos la preservación de la tentación, entonces el agradecimiento de la gracia de la preservación concedida no es menor reconocimiento de la Redención que el agradecimiento por la liberación de los efectos de la caída en la tentación. Sostenerse y resurgir, las dos cosas son gracia suya. Si esto es verdad, entonces la preservación redentora del pecado original es la forma más radical y lograda de redención. De ella debe participar Aquella que es redimida en la forma más perfecta, pues por función y persona está exacta y únicamente en el punto en que Cristo comenzó la definitiva y victoriosa Redención de la humanidad. De aquí que el dogma de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen sea una proposición de la doctrina de la Redención, y su contenido la forma redentiva más radical y perfecta... El hecho de que nuestra salvación y nuestra felicidad final no estén sencillamente predestinadas ya en la predestinación de Cristo cobra, en la distancia temporal entre el principio de la existencia y el de la justificación, un aspecto histórico. Y por esto,

inversamente, vale decir: ya que en la encarnación de Cristo como presencia en el mundo victoriosa, prepotente contra el pecado y definitiva, de la misericordia de Dios, María es admitida a la gracia predestinante, en María una distancia temporal de este tipo no tiene sentido, no porque no precisara de redención, sino más bien porque es la única redimida sin la cual no cabría concebir la redención en cuanto victoriosa y triunfante. El dogma de la Concepción Inmaculada es un dogma central en la doctrina de la Redención por el solo y único mediador Jesucristo, el Hijo de Dios, que se hizo hombre, murió y resucitó *propter nos homines et propter nostram salutem*<sup>15</sup>.

6. El dogma de la Inmaculada Concepción, como cualquier otro dogma, tiene su fundamento en la Sagrada Escritura y en la tradición oral. Sin embargo, ni la tradición ni la escritura lo afirman expresamente. No obstante, el hecho de la inmunidad de María del pecado original pertenece a las realidades que ciertamente constan en el revelación, pero que al mismo tiempo están envueltas en otras verdades. Sólo en el curso de un proceso largo, llevado a cabo bajo la dirección del Espíritu Santo, ha conseguido forma propia lo que estaba encubierto.

En la bula dogmática se indica el protoevangelio (*Gen. 3, 15*) como fundamento del hecho de la Inmaculada Concepción. Según el protoevangelio, Dios pone enemistades entre la mujer y su descendencia. Esta quebrantará la cabeza a la serpiente, mientras que la serpiente se reducirá a herirla (según la versión latina de la Vulgata, es la mujer misma, no sólo su descendencia la que quebrantará la cabeza a la serpiente). Una parte de los Padres cree que la descendencia de la mujer son los justos y la Iglesia. La mayoría lo entienden de Cristo. Algunos piensan expresamente en María. De esta interpretación patristica cabe deducir la siguiente consideración: los descendientes de Eva, conforme a la voluntad de Dios, quebrantarán a la serpiente su cabeza, esto es, triunfarán sobre el diablo y sobre el pecado. Cristo consumará la destrucción del pecado y la victoria sobre el diablo. Según esto, el pasaje del Génesis tiene significación mesiánica. Si desde la victoria conseguida por Cristo con su muerte de cruz y con su resurrección, se repasan las palabras de Dios relativas a la serpiente, se comprueba que encontraron su consumación en Cristo. Son una alusión a Cristo, una profecía del Redentor, un mensaje de salvación que se realiza en Cristo. Por tanto, Cristo es el comienzo de tal descendencia. Entre Cristo y su Madre existe una íntima unión espiritual, histórico-sal-

vacional (sobre esto volveremos con mayor detención en los dos capítulos siguientes). Los Padres ponen a María, en la que ven el prototipo de la Iglesia, del Cuerpo de Cristo, en íntima comunidad salvacional con Cristo. De aquí que María, no por sí, sino por don gratuito de Dios, está en plena y triunfante enemistad contra el pecado y el demonio. Esta hostilidad incluye que Ella, Madre del vencedor del diablo, no haya estado ni por un solo momento bajo el poder de Satán o alejada de Dios.

La expresión que encontramos en Lucas (1, 28), "llena de gracia" (en griego, *kecharitomene*; en las antiguas versiones latinas, *gratificata*) se refiere ante todo a la elección de la Virgen María para Madre de Dios. Según esto, la expresión tiene otro sentido que aquella palabra que en el prólogo de San Juan se aplica a Cristo y que los alemanes traducen con fórmula idéntica a la de Lucas (1, 28). En Juan (1, 14) se lee del Logos encarnado que está lleno de gracia y de verdad, esto es, lleno de manifestaciones de la gracia y de realidades celestiales. El texto griego dice: *pleres charitos kai aletheias*. Y el latino: *plenum gratiae et veritatis*. Por más que los textos latino y alemán se asemejen al texto de San Lucas, con todo, como muestra el texto original, es tan distinto el sentido, que en la interpretación de lo que se dice de María no cabe aducir a Juan.

Volvemos a encontrar la expresión en los *Hechos de los Apóstoles*. Aquí se la aplica a San Esteban. De él se dice en *Act. 7, 55*, que estaba lleno del Espíritu Santo (en griego: *pleres pneumatos hagiou*; en latín: *plenus spiritus sancti*). También aquí, conforme al contexto se dice algo completamente distinto de San Esteban que de María. Mientras de Esta se habla de su adscripción a una misión histórica-salvacional decisiva, de San Esteban se nos informa que el Espíritu Santo lo sumió en un éxtasis en el que contempló los cielos y vió la gloria de Dios y a Jesús a la diestra del Padre. Para comprender la expresión de que María está llena de gracia debemos considerar todo su contexto. Dios, en su plan eterno de salvación, puso su mirada en María y la envió un mensajero celestial que la saludó de su parte asegurándola que a Ella, la elegida, Dios la ha admitido en comunidad viviente con El. El ángel debe testificarla de que Dios está con ella. María, por tanto, es informada por el ángel de la unión divina realizada por el mismo Dios. Este juzga necesario participar a María que está con Ella. Estas palabras son tanto información como acción. Dios mismo ha entrado en comunidad con María. Si se tiene en cuenta esta relación, no parece

aventura excesiva decir: la expresión “llena de gracia” sólo logra su pleno y verdadero sentido cuando por encima de la elección subyacente al sentido inmediato de las palabras se adscribe a María una medida extraordinaria de gracia. Si Dios mismo está decidido a permitir informarla de que El está con Ella, entonces no queda ningún margen para el pecado, es decir, para una oposición entre Dios y María. En consecuencia, es una verdad revelada en el Evangelio que María está libre de todo pecado. Afirmar lo contrario no es evangélico.

7. En la época patristica se desarrolló la doctrina evangélica de la inmunidad de María del pecado original, hasta que más allá de la Edad Media alcanzó aquella claridad en que fué formulada por las encíclicas pontificias de los siglos XIX y XX. Los testimonios expresos y formales de la inmunidad de María del pecado original son tan escasos en los Padres como en la Sagrada Escritura. El motivo de todo esto está en que no eran capaces de estructurar en una línea unitaria de pensamiento la historicidad de María y la necesidad universal de redención, por un lado, con la mediación y la incomparable impecabilidad de Jesucristo, por otro. Frente a la des-historización gnóstica de María que la recluía en una idea platónica y frente a las tendencias racionalista y pelagiana, tenían que defender tanto la realidad de María como la culpabilidad universal. De aquí resulta que no hayan alcanzado una claridad perfecta en la cuestión. Pero presentan la pureza de María con tanta frecuencia e intensidad que los tiempos posteriores, por el desarrollo progresivo de la doctrina patristica, pudieron concluir sin esfuerzo la inmunidad de María del pecado original y de cualquier otro pecado.

En Roma la pureza integral de María está atestiguada por San Hipólito.

Tertuliano explica: “Dios recuperó, con celoso esfuerzo, su imagen y semejanza, que era presa del diablo. Pues en Eva aún virgen entró la palabra que edificó la muerte; del mismo modo había que introducir en la Virgen el Verbo de Dios que edifica la vida. Para que lo que se perdió por el sexo femenino, por el mismo se salvase. Eva creyó a la serpiente, María a Gabriel. El pecado que aquélla cometió creyendo Esta lo borro creyendo”<sup>16</sup>. Una forma de presentar los Padres la impecancia de María es su doctrina de la virginidad de Esta. San Epifanio habla así de la naturalidad con que se acogió la virginidad de María, su plena entrega de sí misma a Dios: “¿En qué tiempo hubo alguien que se atreviera a pronun-

ciar el nombre de santa María y no añadiese luego, si se le preguntaba, la palabra virgen?"<sup>17</sup> El coro universal que cantó la virginidad de María forjó en la Iglesia Oriental una expresión desbordante en el himno *Akathistos*, que en cierto sentido es el *Te Deum* mariano oriental<sup>18</sup>. La virginidad que los Padres conceden a María es considerada como un don del cielo. Dice San Gregorio de Nisa: "Gran cosa es la virginidad, el celibato y el ser equiparado a los ángeles y a las naturalezas simples, y, temo decir a Cristo, quien, queriendo nacer por nosotros nacidos, nace de una virgen, sancionando así la virginidad como algo que saca de la tierra y traspasa el mundo o más bien traslada un mundo al otro, el presente al futuro"<sup>19</sup>.

Frecuentemente se encuentra en los Padres, por ejemplo, en San Ignacio, San Atanasio o en San Ambrosio, el pensamiento de que María contribuyó a la victoria sobre el diablo y al establecimiento del reino de Dios. Los Capadocios cantaron con predilección la pureza de María. Sólo porque la pureza le era propia en gran manera pudo aceptar el mensaje que le participó el ángel. Lo impuro, no puede rozar sin peligro lo puro<sup>20</sup>. Únicamente la pureza puede sufrir la presencia y el advenimiento de Dios<sup>21</sup>. También llaman a María "santa", no ciertamente en el sentido en que San Pablo llamaba santos a los cristianos, sino en el sentido de una especial pertenencia a Dios a través de una vida perfecta. La designación de María como santa es una caracterización significativa. Su santidad, como dicen los Capadocios usando formas platónicas de pensamiento, es participación de la santidad de Dios. Así la explica, por ejemplo, San Gregorio de Nisa<sup>22</sup>.

Es cierto que los Capadocios no designan expresamente a María como a la sin pecado original. Pero defienden con insistencia la idea de que María estaba ya purificada por el espíritu<sup>23</sup>. Tales pensamientos son gérmenes vivos a partir de los cuales crece la inteligencia plena de la Inmaculata Conceptio. Son preliminares de la teoría posteriormente desarrollada en su totalidad, de la inmunidad de María del pecado original.

En la teoría de los Padres Capadocios se mezclan muchas inseguridades y vacilaciones relacionadas con la inmunidad de María del pecado original. En particular San Gregorio de Nisa, el padre de la mística, está influido por Orígenes, quien incurrió en una extraña interpretación de las palabras de Simeón. Sostiene (por razón de *Lc. 2, 34* sigs.) que tuvo María dudas en la fe.

Orígenes presenta sus ideas acerca de la profecía de Simeón en la Homilía XVII sobre el Evangelio de San Lucas: “¿Qué espada es ésta, pregunta, que traspasó, no sólo el corazón de otro, sino también el de María? Con claridad está escrito que en el tiempo de la Pasión todos los discípulos se escandalizaron, pues el mismo Señor dice: “Todos vosotros os escandalizaréis de Mí esta noche.” Todos, pues, se escandalizaron, tanto que el mismo Pedro le negó tres veces. Y bien, ¿pensamos que, habiéndose escandalizado todos los Apóstoles, la Madre del Señor quedó inmune de escándalo? Si no sufrió en la Pasión del Señor, Jesús no murió por sus pecados. Pero si todos pecaron y han menester de la gloria de Dios, para ser justificados y redimidos por su Gracia, también María se escandalizó en aquella ocasión. Y esto es lo que profetiza Simeón cuando dice: “A tu alma—tú que sabes que diste a luz siendo virgen, que oíste de Gabriel el Espíritu Santo vendrá sobre ti y te cubrirá con su sombra—, a tu alma atravesará la espada de la incredulidad y será herida con el puñal de la duda y tus pensamientos te zarrandearán desgarradoramente de un lado para otro, cuando veas a aquel a quien oíste llamar Hijo de Dios y que sabías engendrado sin semen divino, morir y ser crucificado y ser sometido a tormentos humanos y quedarse al fin lastimosamente diciendo: “Padre, si es posible pase de mí este caliz”<sup>24</sup>.

El capadocio San Basilio aceptó sin vacilar esta explicación de la profecía del anciano Simeón. En la carta 260, en la que responde a dificultades exegéticas, afirma: “Con la espada se significa la palabra que prueba, que discierne los pensamientos, que llega hasta la división del alma y del espíritu, hasta las articulaciones y la medula. Puesto que toda alma en tiempo de la Pasión de Cristo estuvo sujeta a algún género de duda conforme a la palabra del Señor: “Todos os escandalizaréis de Mí”, por eso Simeón profetizó también de María que está junto a la cruz viendo lo que sucedía y oyendo lo que se decía, después del testimonio de Gabriel, del inefable conocimiento de la concepción divina, de la gran manifestación de maravillas, y habrá, dice, en tu alma fluctuación. Pues convenía que el Señor gustase la muerte por todos, y, hecho propiciación por el mundo, justificase a todos con su sangre. También a ti, que aprendiste de lo alto lo concerniente al Señor, te alcanzará la duda. Esta es la espada. La frase “para que se descubran los pensamientos de muchos corazones” hace alusión a que, después del escándalo sufrido por la cruz de Cristo, vendría del Señor una

rápida curación para los Apóstoles y María, afirmando sus corazones en su fe”<sup>25</sup>.

Para poder justificar esta sorprendente opinión de San Basilio debemos tener en cuenta que tiene que defender de vez la perfecta e inmaculada virginidad y pureza de María y la necesidad universal de redención. No le fué dado encontrar en este punto una fórmula satisfactoria, sintética. También él estaba influido por el pensamiento de que, en su vida, María realizó progresos en la perfección y en la inteligencia de la salvación, ya que todavía era viadora y creyente. Además, le interesaba mucho discriminar debidamente la absoluta impecabilidad de Jesucristo de la situación de los demás hombres y aun de la de su misma Madre. Sólo después de algún tiempo se consiguió una visión unitaria de estas exigencias y verdades.

La opinión de Orígenes y de San Gregorio de Nisa, que en esta ocasión está influido por Orígenes, fué superada por Anfiloquio de Olimpo. En su sermón de Hypapante<sup>26</sup> alude a la difícil prueba que al pie de la Cruz acometió a María, poniéndola, como él dice, en confusión. Simeón habría profetizado la Cruz como signo de contradicción. La Cruz se habría hundido en la Virgen como espada de dolor. Anfiloquio se aproxima a la forma agustiniana, según la cual la espada profetizada por Simeón sería el dolor y la aflicción que tendría que soportar María en la muerte de su Hijo.

Por lo demás, la teoría patrística, incluso la de los Capadocios, requiere una investigación más precisa.

En Occidente, San Ambrosio intentó la explicación. Por un lado dice: “Sólo Cristo puede ser Redentor, porque nadie puede igualarle en piedad..., pues todos están bajo el pecado, todos se hallan sometidos a la caída de Adán. Sólo es elegido Redentor el que no puede ser reo del pecado antiguo”<sup>27</sup>. Por otro lado afirma. “Ni es de admirar que habiendo de redimir el Señor al mundo comenzase su obra por María, para que recibiera la primera en prenda de amor, el fruto de la salvación, aquella por cuyo medio se preparaba a todos la salvación”<sup>28</sup>.

Para su teoría de la inmunidad de María del pecado es importante el texto siguiente: “Ven, pues, y busca tu oveja, no por medio de siervos o mercenarios, sino por ti mismo. Recíbeme con esta carne que cayó en Adán. Recíbeme, no de Sara, sino de María, para que sea virgen incorrupta, pero virgen por gracia, limpia de toda mancha de pecado”<sup>29</sup>. En estas frases, desde luego, no se

enseña la inmunidad de María del pecado original, pero María es propuesta como prototipo de perfecta impecancia. Según San Ambrosio, Ella no ha conocido el "error", esto es, el pecado. En la oración fúnebre por el emperador Teodosio hace hablar a Elena —madre del emperador Constantino— dirigiéndose al diablo, después del hallazgo de la Cruz: "Te vence María, la que engendró al Triunfador, y dió a luz sin disminución de su virginidad al que había de vencerte crucificado y muerto subyugarte" <sup>30</sup>.

Nosotros podemos decir: como San Hipólito es en Roma el primer escritor griego que testifica la absoluta impecancia de María, así San Ambrosio es el primer escritor latino que testimonia con claridad plena la inmunidad de María del pecado original.

San Efrén, en sus *Carmina Nisibena*, canta así a María: "Sólo Tú, Señor, y tú, Madre, sois hermosos sobre todas las cosas, pues no hay en Ti ninguna mancha ni defecto alguna en tu Madre. ¿Con quién de estas dos hermosuras podrán compararse mis hijos?" <sup>31</sup>. En los escritos siríacos se lee: "Absolutamente inocentes, absolutamente simples eran las dos, María y Eva, en todo semejantes. Pero después, una fué causa de la salud y la otra de la muerte" <sup>32</sup>.

En una oración a la Madre de Dios se dice: "Oh Virgen Señora, Inmaculada Madre de Dios, gloriosísima patrona mía, en extremo bondadosa, eres superior a los cielos, más pura que los resplandecientes y cegadores rayos del sol...; brote germinal de Aarón, en verdad te muestras como brote y tu sangre es tu Hijo, nuestro verdadero Cristo, mi Dios y Creador. Has engendrado en la carne a Dios y al Verbo. Virgen antes del parto y después de él; por ti somos reconciliados con Dios, Cristo tu Hijo" <sup>33</sup>.

Cuan lejos esté San Ambrosio de las vacilaciones de Orígenes y también de las de San Basilio, lo demuestra su interpretación de *Lc. 1. 35*. Al pie de la cruz, María sufrió un martirio espiritual. En tres pasajes destaca San Ambrosio la fortaleza de la fe de María al pie de la cruz. En una ocasión dice: "Pero María no se portó con menor dignidad que la que corresponde a la Madre de Dios, y estuvo en pie ante la cruz mientras los discípulos huían, y contempló con ojos compasivos las heridas del Hijo; pues atendía no a la muerte de la prenda de su amor, sino a la salud del mundo. O acaso, sabiendo que la redención del mundo vendría por la muerte de su Hijo, pensó que con su muerte contribuiría en algo a la salvación universal" <sup>34</sup>.

El Padre de la Iglesia llama a María: "Sancta María, Sancta Virgo, Beata María." Ella fué el templo corporal de Dios. Dios

habitaba en Ella. Cuando es saludada por el ángel como la llena de gracia, hay que pensar que únicamente María participaba de tal saludo. “Pues sólo a Ella con razón se la llama llena de gracia, porque únicamente Ella consiguió la gracia que ninguna otra mereció, a saber, ser llenada por el Autor de la gracia”<sup>35</sup>. Como don especial de la gracia, destaca San Ambrosio el don de la profecía que se descubre en el Magnificat. El fundamento de que María pudiese profetizar en el Espíritu Santo era su santidad. Esta, a su vez, estaba fundada en la inhabitación del Hijo de Dios<sup>36</sup>.

San Hilario de Poitiers, en su obra *De Trinitate*<sup>37</sup>, indica que María fué santificada por el “Espíritu Santo” en la Anunciación (San Hilario aquí por Espíritu Santo entiende al Logos).

No hay una interpretación uniforme de la opinión de San Agustín. En su obra *De Natura et Gratia*, dice: “Exceptuando, pues, a la Santa Virgen María, acerca de la cual, por el honor debido a Nuestro Señor, cuando se trata de pecados no quiero mover absolutamente ninguna cuestión” (porque sabemos que a Ella le fué conferida más gracia para vencer por todos sus flancos al pecado, pues mereció concebir y dar a luz al que nos consta que no tuvo pecado alguno); exceptuando, digo, a esta Virgen, si pudiésemos reunir a todos aquellos santos y santas cuando vivían sobre la tierra y preguntarles si estaban exentos de todo pecado, ¿cómo pensamos que habrían de responder? ¿Lo que dice Pelagio o lo que enseña San Juan? Decidme: cualquiera que haya sido la excelencia de su santidad, en caso de poderles preguntar, ¿no hubieran respondido al unísono: si decimos que no tenemos pecado nos engañamos y la verdad está ausente de nosotros? (*I Io. 1, 8*)”<sup>38</sup>.

Germán de Constantinopla exclama en una exaltación del corazón: “Dios te salve, María, llena de gracia, más santa que los santos y más excelsa que los cielos, más gloriosa que los querubines, más honorable que los serafines y más venerable que toda criatura. ¡Dios te salve, paloma!..., que nos traes el ramo de olivo, al que nos redime del diluvio espiritual, y nos anuncias el puerto de nuestra salvación”<sup>39</sup>. Sofronio de Jerusalén ensalza así a María: “¿Qué dijo aquel bienaventurado ángel enviado a la intacta Virgen? ¿Cómo le anunció la buena nueva? “Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo”... ¿Quién es capaz de dar a entender tu esplendor? ¿Quién se atreverá a explicar la maravilla que eres Tú? ¿Quién osará pregonar tu grandeza? Adornaste a la naturaleza humana, superaste los órdenes angélicos, eclipsaste el fulgor de los arcángeles... Has superado a toda criatura, brillando con

una pureza superior a la de todo otro ser, pues concebiste al Creador de todas las cosas, le llevaste en tu seno, le diste a luz y fuiste Madre del Dios de toda creación”<sup>40</sup>.

San Beda el Venerable se expresa en el sentido de que María, por una santificación previa, debía hacerse digna de concebir al Hijo de Dios. Sólo la Virgen purificada de todo pecado podía servir al Hijo de Dios en la asunción de una naturaleza humana invulnerada<sup>41</sup>. De modo semejante se expresa San Juan Damasceno. Estas reflexiones se mueven todavía dentro de aquellos preliminares que encontramos ya en los Capadocios. La purificación de María juega un gran papel en el libro de Pascasio Radberto *De Partu Virginis*<sup>42</sup>. Para que Cristo pudiese asumir de María una naturaleza humana, libre de pecado, era preciso que en su concepción María no perteneciese a la masa *primae prevaricationis*. Traslada la purificación y santificación de María a un tiempo anterior al saludo del ángel. El hecho de que toda la Iglesia celebre su nacimiento es para él una prueba de que ya en el seno materno se vió inmune del pecado original y de que entró en la vida libre de sus efectos. Ciertamente que en este pasaje no se enseña en toda forma la concepción inmaculada. Pero Pascasio afirma que en su nacimiento María no estaba sometida a ningún castigo, y que el pecado original nada tenía que ver con Ella, pues estaba ya santificada en las entrañas maternas. Pascasio, junto a la primera santificación de María, anterior a su nacimiento, deducida de *Lc. 1, 35*, parece haber pensado en una nueva santificación al tiempo de la concepción de Cristo<sup>43</sup>.

San Anselmo de Canterbury, en conexión con sus disquisiciones sobre la culpa original, propone en su libro *De Conceptu virginali et de originali peccato*, la cuestión hasta dónde la concepción de Cristo puede ser una excepción a la ley general de la culpa original. Puesto que es virginal, no puede estar sometida a la ley del pecado. Según San Anselmo, la concepción virginal de Cristo es necesaria para su obra redentora. Estudia la pureza de María en su libro *Cur Deus Homo*. María, según él, pertenece a aquellos justos de la antigua alianza, que antes de la Encarnación de Cristo fueron liberados del pecado por la fe en la futura muerte de su Redentor<sup>44</sup>. En esta liberación ve una conveniencia fuertemente constringente. La acentuación exagerada de la fuerza purificadora de la fe le impide situar la santificación antes del nacimiento.

Para el desarrollo de la mariología posterior importa mucho habituarse al principio ontológico de la interpretación marial. Esta

intepretación es paralela a la demostración ontológica de la existencia de Dios de San Anselmo. En su obra *De Conceptu virginali* dice: “Convenía que aquella virgen brillase con la mayor pureza que pudiera pensarse después de la de Dios; aquella a quien Dios Padre dispuso entregar su único Hijo engendrado de su corazón, igual a Sí, a quien amaba como a Sí mismo; de manera que por naturaleza fuese uno y el mismo el Hijo común de Dios Padre y de la Virgen”<sup>45</sup>. En este pasaje vuelve a acentuar San Anselmo que la santificación de María se debió a la fe. En una oración suya se encuentra algo semejante: ¡Oh maravilla!, a qué altura contemplo colocada a María. Nada hay que iguale a María; nada, sino Dios, es mayor que María; Dios entregó a María su mismo Hijo, el único engendrado de su corazón, igual a Sí, y al que amaba como a Sí mismo. Y se hizo de María un Hijo, no otro, sino el mismo, de modo que, naturalmente, fuese uno y el mismo el Hijo de Dios y de María. Toda naturaleza es creada por Dios, y Dios nació de María. Dios lo creó todo y María engendró a Dios. Dios, que hizo todas las cosas, se hizo a Sí mismo de María, y de este modo rehizo todo lo que había hecho. El que pudo hacer todas las cosas de la nada no las quiso rehacer sin María cuando se estropearon. Dios, pues, es Padre de las cosas creadas, y María, Madre de las recreadas. Dios es Padre de la constitución de todo, y María, Madre de la restitución de todo. Dios engendró a Aquel por quien todo fué hecho, y María dió a luz a Aquel por quien todo fué salvado. Dios engendró a Aquel sin el que nada en absoluto existe, y María dió a luz a Aquel sin el que nada en absoluto es bueno. ¡Oh, verdaderamente el Señor es contigo! El te concedió que toda la naturaleza te debiera tanto a la vez que a El mismo”<sup>46</sup>. En la misma oración se ve con claridad hasta dónde entendió San Anselmo la santidad de María como una santificación por la fe en Cristo: “Tu santidad está sobre todo, después de tu Hijo que excede a todo; fuiste exaltada por medio de tu omnipotente Hijo, a causa de tu glorioso Hijo, por tu Hijo bendito. Así, sobre todas las cosas después de tu Hijo, Señor y Dios mío y de todos, mi corazón te entienda y venere, ame y ruegue”<sup>47</sup>. Respecto de las oraciones atribuidas a San Anselmo, queda por aclarar todavía con exactitud la cuestión de la autenticidad.

Eadmero († 1124), discípulo y amigo de San Anselmo, con su tratado *De Conceptu Beatae Mariae*, fué el primero que enseñó expresa y formalmente la Inmaculada Concepción de María. Puesto que en la concepción de María creó el Espíritu Santo una habi-

tación para el Hijo de Dios, la misma concepción debía ser santa. Eadmero distingue por primera vez entre concepción activa y pasiva. Según él, María, por razón de la encarnación y redención de Cristo, de tal manera fué colmada de gracia en vistas a su futura maternidad, que nunca se vió privada de ella. De modo semejante pensó el monje Osberto (muerto después de 1130). En la evolución posterior, Eadmero y Osberto influyeron exiguamente.

En la *Summa sententiarum*, del círculo de Hugo de San Víctor, se defendió una purificación de María por el Espíritu Santo con motivo de la concepción de Cristo. Con todo, según ellos, no se efectuó a la vez la libración del *fomes peccati*, de la concupiscencia desordenada. Esta, más bien, sólo fué superada en la vida posterior de María.

Pedro Lombardo nos informa de la controversia en torno a si María, en la concepción de Cristo, se vió libre sólo del carácter de culpa y, como consecuencia, del *peccatum del fomes*, o si, además, se vió también libre del mismo *fomes*. Su discípulo Pedro de Poitiers distingue entre una primera y una segunda santificación. Esta distinción adquirió gran importancia en la época siguiente, y fué de muy diversas maneras interpretada. En Pedro Lombardo, la purificación de la Virgen es consecuencia de su unión con el Hijo de Dios. En San Juan Damasceno, la purificación de María está pensada como disposición para la concepción de Cristo, pues la precede aun temporalmente. Si se considera la purificación de María como disposición para la concepción de Cristo, cabe retrotraerla indefinidamente en su vida anterior. La concepción de la purificación como disposición está por esto en la línea del dogma de la Inmaculada Concepción. No se puede afirmar lo mismo, con idéntica seguridad, de la doctrina que sostiene que la purificación de María es una consecuencia de la purificación de Cristo.

San Bernardo de Claraval señala la humildad y la virginidad como los rasgos esenciales de María. Según él, le fueron concedidos como dones y sanan los dos defectos opuestos del pecado original: la soberbia del espíritu y la concupiscencia de la carne. De este modo, por su virginidad y su humildad está ilesa y santificada en cuerpo y alma y dispuesta para la concepción de Cristo<sup>48</sup>. Según él, María fué ciertamente concebida en pecado original, pero ya antes de su nacimiento se vió libre de él<sup>49</sup>. No obstante, no pudo ser santificada antes de existir. Por tanto, sólo lo fué después de iniciada su existencia en el seno materno.

Puesto que según Alejandro de Hales, es decir, según el *Opus*

*Halesianum*, la concupiscencia y el pecado están ligados a toda concepción humana, María no pudo ser concebida en santidad. Sólo después de la animación de su cuerpo pudo ser santificada en el vientre de su madre. La obra defiende la opinión de que María, antes de su nacimiento, fué santificada en las entrañas maternas y de que fué dotada de una gracia superior a la de cualquier otro hombre. Esa santificación la designa como primera santificación. Significa liberación de la culpa y de toda concupiscencia pecaminosa en cuanto afecta a la persona de María. Está seguida de una segunda santificación que tuvo lugar en la concepción del Hijo. Esta nueva santificación la libera del *fomes peccati* en cuanto afecta a la naturaleza de María.

Análogamente, San Buenaventura piensa también en una primera y segunda santificación. La segunda la tiene por imprescindible, pues de otro modo no hubiese podido Cristo verse libre de pecado. Sin embargo, no admite en este punto la distinción de Alejandro de Hales entre un *fomes peccati secundum personam* y *secundum naturam*. Se acoge a la opinión extendida en su círculo de que en la primera santificación se consiguió una represión y en la segunda una extinción del *fomes peccati*. En este contexto, la segunda santificación aparece como consecuencia de la concepción virginal de Cristo. Para él, a partir de este momento, María estuvo sin pecado.

En su comentario a San Lucas, San Alberto Magno, en las palabras "gratia plena", ve significada la posesión de las tres virtudes teologales, de las cuatro virtudes cardinales y de doce especiales *gratiae dignitatis*, estas últimas ordenadas, ante todo, a la santificación de María en la concepción de Cristo, a la conservación de su virginidad y a la humildad fiel. Según el *Mariale*, falsamente atribuido a San Alberto, corresponden a María, además, todas las gracias sacramentales, los siete dones del Espíritu Santo, las ocho bienaventuranzas, todas las virtudes, el dominio de todas las artes y una perfecta *cognitio trinitatis*. Según el *Mariale*, a su plenitud de gracia pertenece también la santificación en el claustro materno, que es enseñada por San Alberto en su comentario a las Sentencias. Aquí, a la primera santificación adscribe la liberación del *peccatum originali*, y a la segunda, en la sobreestimación por el Espíritu Santo, la extinción de la concupiscencia pecaminosa. En el libro *De Incarnatione*, la santificación de María en el seno materno es disposición para la encarnación. Es superior a la gracia bautismal, pues, contrariamente a ésta, tiene como consecuencia una represión

más intensa del *fomes peccati* que la preserva de todo pecado mortal. San Alberto llega a una triple graduación de la santificación de María. En el seno materno se vió libre del pecado y de toda mancha original. Pero no quedó suprimida la concupiscencia, sino sujeta, de tal modo, que María no podía cometer ningún pecado mortal ni venial. Por el ejercicio del bien, la concupiscencia desordenada fué debilitándose más y más, hasta que ya no era posible rastrearla. En la concepción del Verbo fué extinguida totalmente, hasta el punto de que en lo sucesivo no existió en absoluto. En la teoría de San Alberto Magno se presenta la novedad de que a la vida de María se le adjudica expresamente un sometimiento o sujeción activos de la concupiscencia desordenada. El *Mariale* subraya el estado posterior a la concepción de Cristo como algo medial entre el no-poder-pecar y el no-poder-merecer propios del estado de gloria por una parte, y por otra, el poder-pecar y poder-merecer, propios del estado de viador. Supone a María sencillamente en la condición de viadora y bajo cierto aspecto en la de consumación. Pone a María por encima de los nueve coros angélicos.

Con San Alberto Magno, en la interpretación del relato de la Anunciación, ya no se carga el acento, como hasta ahora, en *Lc.* 1, 35, sino en las palabras *gratia plena*. Con esto se atenta a la fundamentación cristológica de la Mariología. Cabe señalar a San Alberto Magno como un momento crítico, pues con su particular atención a la figura de María, preparó el camino para una mariología autónoma, fundada en el relato de la Anunciación. Si bien Santo Tomás de Aquino construye sobre la concepción fundamental de su maestro, con todo, en él la Mariología está ordenada a la cristología más destacadamente que en San Alberto<sup>50</sup>.

También en el pensamiento de Santo Tomás María supera a los ángeles en plenitud de gracia. Esta plenitud está referida ante todo a su personal purificación y santificación—la cual tuvo lugar ya en el seno materno—, y a su vida inmaculada, con lo que es superior a todos los santos y está directamente bajo Cristo. Transforma el principio de San Anselmo, según el cual hay que atribuir a María la máxima santidad posible imaginable después de Dios, en el sentido de que María, como purificada en el vientre materno, posee la pureza máxima después de Cristo, que fué el único concebido sin pecado original. Pero María necesitó ser redimida. Aun después de su santificación en el claustro materno no quedó del todo libre del *reatus culpae*. Por esta razón Santo Tomás no puede hablar de una

preservación del pecado original. Otro argumento para negar la Inmaculada Concepción lo encuentra Santo Tomás en la incapacidad para dar cabida a la culpa y a la gracia antes de la animación posterior del cuerpo de María. La santificación de María en la concepción de Cristo la explica como disposición para la concepción a través del Espíritu Santo—en este sentido es un recogimiento de su espíritu previo a la concepción—y como purificación de la concupiscencia. Entre todos los hombres, María es la que más se asemeja a Cristo. De ella procede toda gracia, pues dió a luz al autor de la misma.

Los teólogos franciscanos consideran la segunda santificación de María como disposición imprescindible para la concepción de Cristo, del Santo, pues según ellos la mujer desempeña un papel activo en la generación. La concepción sin pecado original de Cristo es posible en cuanto que fué sustraída a la naturaleza de María la concupiscencia desordenada, que permanecía a pesar de su anterior santidad personal, con peligro de transmitirse a su Hijo.

Los motivos que, no obstante la santidad de María enseñada por ellos—en parte con expresiones muy fuertes—, impedían a los teólogos de los siglos XII y XIII defender la inmunidad de María del pecado original eran sobre todo tres: la necesidad universal de redención, de la que no cabía exceptuar a María; después, la opinión de que por la generación conyugal se transmitía la contaminación del pecado original, y, finalmente, el hecho de que María sólo podía ser redimida después de su ingreso en la existencia, por lo cual no podía ingresar en ella sin el pecado de origen. Como se ve sin dificultad, sólo el primer motivo tiene gravedad teológica. El segundo y el tercero tienen un carácter histórico <sup>51</sup>.

Parece como si no fuera posible superar la argumentación hasta ahora expuesta. Con todo, a fines del siglo XIII y principios del XIV dos franciscanos—Guillermo de Ware y Juan Duns Escoto—encontraron un nuevo camino. Ofrecieron la explicación decisiva y la solución por el hallazgo del concepto de prerredención. Según ellos, María precisaba de redención, y de hecho fué redimida por Cristo. Pero fué redimida de un modo superior al de los demás hombres. Mientras que éstos fueron liberados del pecado, Ella fué preservada de él. Duns Escoto defiende agudamente el principio de que, en caso de duda, hay que atribuir a María lo más elevado, si ello no se opone a la autoridad de la Iglesia o de la Escritura. Para él el Espíritu Santo es el principio de la gracia. Deriva la santificación

de María del *meritum passionis* y lo designa, en consecuencia, como *gratia crucis*.

Otros investigadores adjudican a Raimundo Lulio el honor de haber sido el primero en fundamentar y explicar de un modo teológicamente irreprochable la inmunidad de María del pecado original. Desde aquí se propagaría rápidamente la doctrina. Los dominicos, en general, permanecerían escépticos. Por el contrario, las demás Ordenes, París y otras Universidades la defenderían. Quedó ya indicado que en lo sucesivo la teoría fué en varias ocasiones objeto de declaraciones doctrinales eclesiásticas.

8. El amor, la obediencia, la fidelidad de María son señales de su fe. La vida de fe de María comenzó con anterioridad a la Anunciación del ángel, pues, al modo de los creyentes del Antiguo Testamento, vivía en el abandono a las promesas divinas. Sin embargo, consiguió una gravedad nueva y su profundidad total en la anunciación de su maternidad. Encontró expresión en sus palabras: "He aquí la esclava del Señor", con las cuales María se somete a la voluntad de Dios.

La elección para la maternidad divina no la libró de ser viadora, pues no significaba para María una simple designación, sino también una tarea difícil. María debía aceptar en la obediencia a Dios la sobrecarga de una misión que a ningún hombre fué nunca impuesta ni se le impondría jamás. Debía llevar esta carga sin poder contemplarse en un modelo, en la inseguridad que traen consigo la novedad y la soledad. Por esto su fe es incomparable. Si Abraham es el padre de todos los creyentes, María es el prototipo maternal de los fieles.

Al ser su vida la de una viadora se mantuvo siempre dentro de la nube que nos encubre el rostro de Dios. También María debió consumir su vida en la oscuridad de la fe. En la Escritura es proclamada bienaventurada precisamente por su fe. En todas las situaciones críticas de su vida se entrega, en una obediencia fiel, a la llamada de Dios. La Escritura, que con tanta parquedad nos habla de María, se ha propuesto, según parece, informarnos precisamente de aquellos acontecimientos en los que su fe surge victoriosa de la oscuridad.

Se ha observado, con razón, que la fe de María se reveló principalmente en su entrega y en su confianza a la palabra de Dios.

Así arriesgó toda su existencia a la palabra que le fué dirigida cuando se le anunció la maternidad. Conservó las palabras laudatorias de los pastores, así como también las amargas, proféticas del anciano Simeón y las dolorosamente lejanas del Niño en el Templo a la edad de doce años. También acogió en fe las palabras de Jesús en las bodas de Caná. Guardaba fielmente en su corazón cuantas palabras recogía, cuidando de no perder nada en absoluto de ellas. Todo lo que acogió con fe fué operante y fuerte en María. Cuando Dios se la revelaba como un misterio incomprensible no presentaba exigencias ni protestas, sino que confiaba en que Dios, en el tiempo por El prefijado, llegaría con su salvación y ayuda.

En la fe recorrió María la vía dolorosa por la que Dios la condujo precisamente por causa de su maternidad. Según los Evangelios, el camino de su pasión comenzó con su elección para Madre del Redentor. Cuando el ángel la anunció que sería Madre del Hijo de Dios se intimidó ante el mensajero y ante el mensaje. También Ella, la elegida, cuando Dios se presente cercano, experimenta la heterogeneidad divina y precisa ante todo de una invitación a no espantarse. El mensaje la inquieta aún más. El que se lo trae no se da a conocer por ningún milagro. La única norma para conocer que se trataba de un mensaje de Dios y no de un engaño de Satán era su propio ser, santo, rendido a Dios. Sentía que desde el que estaba en su presencia se extendía hasta Ella una ola santa de afinidad. Esta era la única prueba que hablaba en favor del mensaje. En este momento no le asistía otra cosa que su amor y su entrega a Dios. Su decisión, por tanto, cayó en la libertad del amor. Se donó en todo su ser a la voluntad de Dios. A disposición de ésta puso su vida, su honor, su sangre, sus fuerzas. Su fe era más fuerte y viva que la de cualquier otro. Vista del lado humano, hay que decir que la fe le resultó más difícil que a todos los que vendrían detrás de Ella. Ella no había comprobado todavía la demostración de la obra divina de la salvación en los milagros y prodigios divinos, ni pudo estudiar la Resurrección y la Ascensión. Entonces todo se encontraba en los dominios imprecisos del futuro. Por más que tuviera mayor gracia y estuviera más poseída de Dios que nadie, no se puede, sin embargo, admitir que la gracia de Dios la evitase el peso de la decisión. Cuanto más profundamente se adentraba la gracia en su corazón, tanto más la exigía la expansión externa de las fuerzas interiores. El mundo nuevo que se inicia con Cristo comenzó a surgir de las oscuras profundidades del amor divino. Este mundo tenía que comenzar en la misma María. De improviso

se vió Esta en el centro del mundo y de la historia. En Ella habría de consumarse el Antiguo Testamento e iniciarse el Nuevo. Nos es imposible asimismo creer que María penetró en todo su sentido y alcance las maravillas que el Todopoderoso realizó en Ella. De otro modo sería incomprensible que después, en ocasiones, no acertase a comprender a su Hijo. ¿Cómo, aun Ella, iba a poder comprender los misterios de Dios? Pero secundó sin reservas el llamamiento de Dios por encima de toda comprensión e inteligencia. Era plena entrega, disponibilidad, receptibilidad de Dios.

Más aún, en Ella se consumó la entrega de la creación a Dios. En nombre de toda la creación irredenta formuló su disponibilidad a la salvación llevada a cabo por Dios.

Lo demás continúa dentro de la ardua ley a cuyo tenor comenzó la vida de María. Su maternidad es para Ella preservación permanente de su fe. Da la vida a su Hijo en circunstancias exteriores opresivas. En el Belén que la rechaza debe dar a luz al Hijo de Dios en medio de la mayor pobreza. Ante el odio de Herodes tiene que salvar a su Hijo por la huída. Su existencia de prófuga es como un símbolo de la peregrinación espiritual que, a ejemplo de Abraham, recorre en la fe. Por su parte, se ve obligada a habitar en Egipto, en un pueblo pagano, sin fiestas comunes, en lugar de vivir en la paz hogareña de la patria. Esto es una imagen del país extraño y de la expatriación que ha entrado en el mundo con Cristo y que se impone al creyente que se cuenta entre los domésticos de Dios y se sabe ciudadano del Cielo. En aquel momento debió de presentársele la cuestión: ¿Es que no es Dios lo suficientemente poderoso como para proteger a su Hijo del odio de los hombres? ¿Dónde queda el resplandor de aquella majestad divina que proclama el Antiguo Testamento? Se tiene la impresión de que María experimenta siempre lo contrario de lo que el ángel predijo acerca de su Hijo. De hecho, había hablado de un imperio y de un reino de fuerza indestructible y de duración imperecedera.

En la profecía del anciano Simeón en el Templo, María es designada formalmente como Madre de dolores (*Lc. 2, 22-35*). Oye en primer lugar: "Ahora, Señor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz, según tu palabra; porque han visto mis ojos tu salud, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para iluminación de las gentes y gloria de tu pueblo Israel" (*Lc. 2, 29-32*). María y José se admiraban de cuanto se decía de Jesús. Pero después escuchó María la noticia: "Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel y para blanco de contradicción; y una

espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones" (*Lc. 2, 34-5*). María escuchó de boca de Simeón algo insólito, nuevo, extraño y singular. Evidentemente, Simeón estaba más profundamente iniciado que Ella, la Madre, en el misterio, del plan divino de la salvación. Todo pasa como si Ella misma no hubiese penetrado en aquella fiducial proximidad de Dios en que parecía haber penetrado Simeón, el extraño (*Io. 15, 15*).

Por más que esto fuera ya para María una experiencia depresiva, sin embargo, la prueba se agudiza con el contenido de lo que la anunció Simeón. Este aludió a los sufrimientos futuros que tendría que soportar por causa de su Hijo, de los que hubiese quedado exonerada caso de no habersele participado la elección para Madre del Mesías. En oposición a la expectación que, tanto conforme al mensaje angélico como conforme a las promesas paleotestamentarias, hubiera podido tener María, Simeón, que fué conducido al Templo por el Espíritu Santo y que hablaba en el mismo Espíritu, la anuncia que en Israel habrá oposición al Mesías. Encontrará hostilidad. María tendrá que soportar ver al Mesías frente por frente de la incredulidad. Será un dolor que, como una puñalada, penetra en el alma y la mata. Los corazones de los hombres se descubrirán en Cristo. En El serán puestos ante la alternativa entre el bien y el mal, entre la fe en Dios y la incredulidad. Cristo será juicio para los hombres. María se mantuvo firme ante esta predicción inesperada e incomprensible de Simeón. Hasta aceptó su bendición. Simeón bendijo a María y a José con los dolores futuros de Jesús.

La fe de María jamás vaciló bajo la presión de lo desconocido y de lo incomprensible. Nunca se equivocó respecto de su hijo, ni cuando vió su desamparo y su debilidad en Belén o en Nazaret, ni cuando, como Madre, le dispensó los innumerables servicios que una madre, día y noche, presta a su hijo.

La experiencia con Jesús en el Templo cuando Este tenía doce años, introdujo a María en una noche de fe extraordinariamente densa. En su vida anterior nada hubo tan martirizador como la muda despedida, por parte de Jesús, de su padre y de su Madre. Rastreamos el desconcierto de María por la pregunta: "¿Hijo, por qué nos has hecho así?, mira que tu padre y yo, apenados, andábamos buscándote" (*Lc. 2, 48*). Ya antes hemos hablado del sentido de esta escena. Aquí añadiremos lo que sigue: Evidentemente, María no tenía un concepto comprensivo y claro del sentido y finalidad de esta prueba. No había sido iluminada sobre ella. Oyó dolorida que el Padre celestial es quien ha prescrito a su Hijo la ley

de su vida. Ni el sosiego, ni la seguridad de la vida común familiar pueden condicionar la obra de Cristo. Lo único que decide es el mandato del Padre. Por El, Jesús se separará de sus padres, por ahora sólo un par de días, los cuales, sin embargo, proyectan ya sus sombras sobre la despedida futura y la separación definitiva. María no comprende a su Hijo. No es capaz de entender lo que El quiere decirle con todo esto. Jesús vive de un mundo que sólo El conoce por experiencia, y que todavía no ha sido abierto a su Madre.

Para desvirtuar la dureza de la prueba no es lícito invocar que María tuvo conciencia del mensaje del ángel, del nacimiento virginal y de la profecía de Simeón. ¿No son estos acontecimientos precisamente los que hacen que la conducta de su Hijo resulte más extraña todavía? Tampoco cabe decir que María, como lo demuestra su cántico en casa de su prima Isabel, estuviera tan penetrada de su misión que ninguna prueba pudiera arrebatarse la conciencia de ella. Tal vez se pueda comparar su vida con la de los profetas, que unas veces son sublimados por encima de todas las cumbres humanas poseyendo una fuerza capaz de desquiciar la historia, al paso que otras veces quedan reducidos a la impotencia, y, en el desfallecimiento y en las tinieblas, expuestos a los riesgos y temporales de la existencia. Ninguna luz de los resplandores de la Anunciación y de la visita a Isabel iluminó el alma de María en los tres días que buscó a su Hijo.

Por otra parte, estos acontecimientos demuestran precisamente que la grandeza de María no está determinada, en primer lugar, por la medida de su comprensión, sino por la de su amor. En el amor afrontó la hora. Por más que su espíritu era incapaz de penetrar la conducta y las palabras de su Hijo, sin embargo, cuanto vivió lo recogió en su Corazón, conservándolo allí como un tesoro precioso. En su Corazón retuvo el oscuro misterio de Dios.

Lo mismo cabe decir del suceso de Caná y del incidente narrado por San Marcos en 3, 20-25. Sobre esto queda ya dicho lo más importante.

Cuanto María experimentó por causa de su Hijo la maduró para la hora más difícil que Dios la envió, para la hora de la muerte de su Hijo. ¿Qué quedaba allí ya de la promesa del ángel? ¿No parecía como que todo se venía abajo? En lugar de la soberanía prometida y del reino en perspectiva había condenación y ejecución. ¿Cómo permitía Dios que su Hijo se viese en ese tormento y postulación? Aun en esta hora, la fe de María permaneció incommovible

e inquebrantable. La entereza de su amor y de su entrega a la voluntad del Padre, que siempre tenía preparadas para Ella nuevas sorpresas, había conseguido tal consistencia que hasta pudo abrazar la Cruz con fe viva.

Los Evangelios sinópticos nada nos dicen de que María, durante la semana de Pasión, estuviera en Jerusalén. Sólo hablan de “muchas mujeres que le miraban de lejos” (Mt. 27, 55 sig.). Pero, según San Juan (19, 26), al pie de la Cruz estaban María y Juan. María acompañó al cortejo desde la ciudad hasta el monte en el que se había levantado la Cruz. A última hora se colocó al pie de ésta y levantó la vista hacia su Hijo crucificado. Allí, de labios de su Hijo, oyó por última vez la palabra de Dios, que conservó en su Corazón. Ahora le era dado comprender las palabras proféticas de Simeón acerca de la espada. Pero aún tuvo que escuchar la consumación de las escrituras paleotestamentarias cuando oyó que desde la Cruz se pronunciaba un verso del salmo 21: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Por su fe en el Hijo está preparada para escuchar de sus labios la palabra “mujer” con que una vez más parece alejarse de Ella y a sufrir que no sea ya Hijo suyo, sino que en lo sucesivo esté suplantado por otro: Juan. El que hasta ahora era Hijo suyo está como Redentor y Mediador del mundo en la cima de la creación, sólo ante la justicia de Dios. Pero precisamente porque acoge en la fe la voluntad de Dios en una disponibilidad incuestionable, absoluta, sin indecisiones ni vacilaciones, le está más próxima que pueda estarse jamás por la más íntima unión corporal. Al pie de la Cruz fué discípula de su Hijo en el grado supremo. Entonces podía aplicársele la alabanza que Cristo reserva al creyente. Como lo hemos visto ya, Cristo, cuando dijo: Bienaventurados más bien los que oyen la palabra de Dios y la siguen, recogió y desarrolló las palabras de una mujer que ensalzó a María por su maternidad. La Madre ha de ser proclamada bienaventurada porque es de aquellos que oyen la palabra de Dios y la cumplen en la fe. Esta proclamación alcanzó para María su validez máxima al pie de la Cruz\*.

9. Los Padres celebran la fe de María con extraordinaria frecuencia. Sobre este punto, en el capítulo relativo a la Maternidad, fueron citados numerosos textos, comenzando por San Ireneo. En concreto, tanto a los Padres como a los teólogos medievales es

\* Cfr. Notas complementarias. Nota 3.<sup>a</sup>: *Sobre la fe de María*, páginas 402-413.

familiar la idea de que María acogió al Hijo de Dios en la fe antes de concebirlo en su cuerpo.

Citemos todavía los siguientes pasajes aislados.

Dice Orígenes en una homilía sobre San Lucas: “María guardó las palabras de Cristo en su corazón; lo conservó todo como un tesoro, sabiendo que habrían de llegar días en que se haría manifiesto cuanto en Ella se ocultaba”<sup>52</sup>.

“Puedes ver—así habla San Ambrosio—que María no dudó, sino creyó, y por eso—*et ideo*—consiguió el fruto de la fe. Dichosa, dijo, la que ha creído. Pero también sois bienaventurados vosotros, que oísteis y creísteis, pues quien quiera que cree, concibe y da a luz al Hijo de Dios, y conoce sus obras. Que el alma de María esté en vosotros para que engrandezca al Señor; que esté en vosotros el espíritu de María para que se alegre en el Señor. Si según la carne sólo hay una Madre de Cristo, según la fe, sin embargo, Cristo es el fruto de todos. Pues toda alma concibe al Verbo de Dios, si inmaculada y libre de pecado conserva intacta la castidad”<sup>53</sup>.

San Agustín se expresa en un sermón: “Creemos en Jesucristo nuestro Señor, nacido de María Virgen por obra del Espíritu Santo, pues la misma bienaventurada María concibió creyendo al que dió a luz creyendo. Pues, cuando al prometérselo el Hijo, preguntó cómo se haría, porque no conocía varón, sólo sabía de una manera de concebir y dar a luz, que ciertamente Ella no había experimentado, pero había aprendido por lo que acontece naturalmente a otras mujeres, a saber, que el hombre nace de un varón y de una mujer. El ángel le contestó: “El espíritu Santo vendrá sobre Ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto, el Hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios”. Después que aquel hubo dicho esto, Ella, llena de fe y concibiendo a Cristo antes en la mente que en el seno, respondió: “He aquí a la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra.” Hágase, dijo, sea concebido de la Virgen sin semen viril, nazca del Espíritu Santo y de Virgen íntegra Aquel en quien ha de renacer del Espíritu Santo la Iglesia incontaminada... Creyó María y se hizo en Ella lo que creyó. Creamos nosotros para que pueda aprovecharnos lo que se realizó”<sup>54</sup>.

Ruperto de Deutz, en su obra *De glorificatione Trinitatis*, comen-

tando las palabras: "Y se le confió el corazón de su esposo", dice lo siguiente: "¿Dónde encontrarás esto? Ciertamente en el alma de Santa María Virgen... Su esposo le abrió su corazón. ¿Cómo se lo abrió? Grande e inefable fué la abertura; de manera que hizo en Ella el esposo de su corazón lo que había predicho por boca de David: "Bullendo está en mi corazón un bello canto" (Ps. 44, 2)... Le abrió de tal manera su corazón que envió la misma sustancia del Verbo eterno, concebido en su corazón, engendrado de su corazón antes de los siglos, a la mente y al seno de la Virgen fidelísima, quien por la misma fe de la que ahora hablamos, concibió tan divino misterio por las palabras del ángel" <sup>55</sup>. También para la Iglesia tiene la fe fuerza estructuradora de unidad.

Bruno de Segni dice en su comentario a San Lucas: "¡Oh Madre sapientísima y única digna de tal Hijo! Guardaba Ella todas estas palabras en su corazón y nos las conservaba... para que después se anunciase y predicase en todo el mundo... Pues los Apóstoles a Ella oyeron estas cosas" <sup>56</sup>.

La fe de María recibe una impronta especial en su profetismo, que no hay que entender sólo como una predicción de acontecimientos futuros, sino que ante todo es la facultad de interpretar y anunciar la revelación de Dios, las obras y palabras divinas. María se mostró profetisa en el Magnificat. El Magnificat está tejido de expresiones e imágenes paleotestamentarias. María estaba familiarizada con las Sagradas Escrituras. Pero el himno no es solamente un recuento de evocaciones del Antiguo Testamento. Es más bien un cántico en el que María expresa qué es lo que la colmaba en la hora de la anunciación. En ella toda la historia de Israel se ilumina en esta hora. Y Ella misma es la puerta por la que entra en la historia la consumación. "María, en el Magnificat, se eleva como una gran figura. Dios la envía su mensaje, que Ella acoge como una de las grandezas de Israel. Es poetisa, profetisa como las antiguas mujeres de su pueblo. Se siente segura al lado de los grandes hombres y mujeres, cuya alabanza está en todos los labios, y, como Madre del Mesías, se sabe superior a todos ellos. El cántico ha sufrido como pocos la prueba de los siglos. Es parte, y aun punto central, en la solemne liturgia usual de la Iglesia. A través de todos los tiempos y edades, la Ecclesia orans ha comprobado que de ninguna otra manera mejor que con este canto puede satisfacer su deber de permanente acción de gracias y alabanzas y que este cántico siempre ha de ser expuesto como modelo de oración, que este texto es capaz de expresar los movimientos de la Iglesia en

todo tiempo y que el espíritu de la Iglesia se renueva y realiza en sus palabras siempre actuales sin que el cántico se agote nunca”<sup>57</sup>.

María consiguió su plenitud, pues renunció a su yo cada vez más decididamente y vivió siempre más vitalmente del Tú divino. Así como el pecador se destruye a sí mismo y encuentra la muerte en la insubordinación, en el intento de conformar autónomamente su vida, así Ella, en la obediencia, encontró la vida. En la obediencia se llegó plenamente a sí misma, a su forma verdadera, determinada por Dios. De este modo es la Reina de los ángeles y de los Santos, el asiento de la sabiduría, la consoladora de los afligidos, la auxiliadora de los cristianos<sup>58</sup>.

También en los Padres encontramos la idea del profetismo de María. Lo conocemos ya por San Ireneo. Los Capadocios hablan con frecuencia de él. San Gregorio de Nisa, en su comentario a Isaías<sup>59</sup>, llama a María profetisa, igual que San Gregorio Nacianceno<sup>60</sup>. San Agustín afirma que la Madre virginal del Señor aparece en los Evangelios como profetisa<sup>61</sup>.